



Pala, Giaime: *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*. Granada, Comares Historia, 2016. 172 pp.

Giaime Pala culmina en este libro sus numerosas e importantes aportaciones a la historia del PSUC y sus intelectuales durante el franquismo. Pero en ningún caso nos encontramos ante una obra de recopilación, sino ante un relato autónomo, coherente y muy bien contado sobre la difícil relación entre esos intelectuales orgánicos, según la conocida definición de Gramsci, y el “Partido”, con mayúscula, del antifranquismo en Cataluña. Una historia de conflicto entre disciplina política y libertad de crítica que, en sus rasgos más generales, sería extrapolable a otros periodos y latitudes, otro episodio más de la complicada integración en los partidos comunistas de los intelectuales, esos “ingenieros del alma”, como los llamó Stalin, responsable directo del asesinato, la reclusión en el gulag o el confinamiento de miles de ellos, y ellas.

El punto de partida es el de un PSUC que descubrió en los años 50, en paralelo al PCE, la importancia de los intelectuales, abandonada ya definitivamente la lucha armada y en preparación de lo que pronto pasaría a conocerse como política de “Reconciliación Nacional”. Pero con pocos de ellos en sus filas, al menos hasta la entrada de un grupo de jóvenes universitarios en 1956, del que se esboza una breve pero clarificadora prosopografía. De extracción social burguesa, con pocas excepciones como la de Jordi Solé Tura, procedentes de las organizaciones del régimen y politizados a través de experiencias personales en los cineclubs del Sindicato Español Universitario (SEU) o el voluntariado en el Servicio Universitario del Trabajo (SUT), estudiaron Derecho pero luego se orientaron hacia especialidades muy distintas, que iban del cine y el arte a la sociología o la edición, y viajaron pronto a otros países europeos, una experiencia que les marcó. Sus redes de socialización fueron muy limitadas, dentro de la elitista Barcelona universitaria, y entraron en el partido gracias a relaciones personales, a través de solo tres núcleos.

La práctica cultural del PSUC-PCE en esos años estuvo marcada por los cánones realistas, de acuerdo con la ortodoxia zdanoviana, y aún así tuvo éxitos tan destacados como el lanzamiento de la operación político-literaria de la “nueva” generación de los Armando López Salinas, Jesús López Pacheco, Antonio Ferres o Alfonso Grosso. Con la creación del Comité de Intelectuales en el otoño de 1956, el PSUC dio un paso más en la incorporación de estos, pese a los recelos que provocaban en la vieja militancia del partido y a las difíciles relaciones con la dirección en el exilio, sobre todo en medio de la oleada de detenciones provocadas por el repetido fracaso de las acciones de movilización —el llamado “jornadismo”— a finales de los 50. En este sentido, el autor relativiza la conocida distinción entre militantes y “compañeros de viaje”, que sería operativa solo en sociedades democráticas, no bajo un régimen que persigue y encarcela a los primeros (aunque esto no quita para que en la España de esos años muchos se incluyeran entre los segundos ahorrándose de paso, junto a los costes de una militancia tan exigente como la comunista, ser objeto de la represión).

Esos recelos hacia los intelectuales tuvieron su paradójica correspondencia en la esquizofrénica autonegación de estos ante lo que consideraban el verdadero motor de la historia y, por ende, sujeto revolucionario por excelencia: el proletariado, los obreros. En un informe se podía leer que “seguramente ni en el mejor de los casos podemos llegar a ser como ellos, tener su visión de la realidad, su potencia revolucionaria, su capacidad de crear entre nosotros la nueva civilización”. Comparando los mucho más pragmáticos informes que redactaban los encargados del frente obrero, el autor concluye que cuanto más lejos se estaba de la clase obrera, más aumentaba el obrerismo, una ecuación típica de las culturas políticas de la izquierda en aquella época.

A través del análisis de contenido de los medios cultural-ideológicos del PSUC, en especial de los *Quaderns de cultura catalana* y de *Nous Horitzons*, el autor detalla cómo se abordó el llamado “problema nacional catalán” desde un enfoque nacional-popular, que revela una temprana influencia de las reflexiones gramscianas. Ese enfoque, que partía de la tesis del fracaso de la burguesía española y catalana a la hora de llevar a cabo su revolución, culminó poco después en el polémico libro *Catalanisme i revolució burgesa* (1967), de Jordi Solé Tura. Él sería uno de los expulsados, junto a Francesc Vicens, en la crisis provocada por Claudín y Semprún a principios de 1964, cuyos ecos en Cataluña iban a ser tan intensos que aún colearían años después en el renovado recelo hacia unos intelectuales potencialmente críticos –Solé Tura había llegado a hablar de “caza de brujas” y de “histeria anti-intelectual”– hasta la definitiva desaparición del comité en 1972.

Aquellas reticencias y clima de “miedo” –es el término que utiliza el autor– afectaron incluso a Manuel Sacristán, el más destacado de sus intelectuales orgánicos, pese a haber oficializado su lealtad al partido. Fue víctima cada vez más de la dicotomía que él mismo describió en repetidas ocasiones en sus informes al Comité Central, la que abocaba al intelectual a ser un mero apéndice exterior al partido, un “adorno”, o a convertirse en un militante profesionalizado, condenado a un activismo extenuante y alejado así de su tarea primordial: la elaboración de una cultura comunista. En 1969 dimitió del Comité Ejecutivo, ahondando una larga crisis que había tenido en la desaparición de las células profesionales y su conversión en mixtas, en el fracaso de la propuesta de la Alianza de Fuerzas del Trabajo y de la Cultura lanzada por Carrillo en 1967, o en la discusión sobre la “Declaración de abril” del PCE de ese año, que paradójicamente situaba ahora al Comité de Intelectuales frente al “revisionismo” de la dirección, algunos de sus pasos más destacados. El fantasma del “claudinismo” todavía recorría el partido.

En ningún caso supuso el final del activismo de los intelectuales dentro del PSUC. La oleada de movilización social a la que dio inicio el encierro en la abadía de Montserrat en 1970, en un proceso que pronto llevaría a la unidad de las fuerzas antifranquistas en Cataluña, así como la reincorporación de intelectuales o la entrada de otros nuevos procedentes del grupo Bandera Roja, como el propio Solé Tura o el católico Alfonso Carlos Comín, daría un nuevo impulso a su actividad, al menos hasta 1980. Eso sí, la función del intelectual iba a ser más abierta y flexible que en el pasado, como demostraba la revista que dirigía Comín, *Taula de Canvi*, en la que participaban sectores muy distintos de la sociedad catalana. Un recorrido interpretado con notable acierto por Giaime Pala, que señala además algunas líneas de investigación a profundizar en el futuro.

Javier Muñoz Soro
Universidad Complutense de Madrid
jmsoro@ucm.es